



Lo que son las cosas

Bethsabé Huamán

El contacto con esa superficie fría despeja las cuentas que hacía mentalmente para reparar en mi mano, firmemente sujeta a la baranda del autobús. *El metal siempre es frío* me increpo y sin embargo, sigo observando aquella mano angulosa en contacto con un tubo de metal cromado cuya frialdad me sorprende como me han sorprendido siempre las telas de araña que se forman en las esquinas en contra de todos los cuidados de limpieza. Una figurilla difusa y alargada en tonos tornasol aparece también junto a mi mano ¿seré yo? sí, afirmo rotundamente, aún cuando se trate de una afirmación sin fundamentos. *Voy a morir*, he dicho, como si esa certeza me hubiera acompañado hace mucho tiempo ya silenciosamente *voy a morir* apenas abandone esta baranda ajena que parece comunicarse y conciliarse con mi dolor del único modo en que puede hacerlo: acentuando su frialdad y su textura lisa sin arrugas. *Voy a morir*, vuelvo a repetir. Pero no sé ubicar con exactitud aquella intuición ¿*he dicho intuición?*, más que eso entonces, para quienes no creen en intuiciones como certezas, una certeza, esta certeza de que pronto sólo habrá oscuridad en vez de ese vibrar monótono del autobús. *Qué absurdo, hoy estás demasiado sensible, Danilo, demasiado*, es posible, pero entonces por qué sigo sintiendo aquel frío entre mis dedos, por qué no termina de calentarse mi mano, por qué no suda y humedece y entibia mis funestos presagios. ¿Y si fuera verdad?, ¿no he dicho que después de todo no me sorprenden aquellas palabras como si algo más me lo hubiera anunciado?: la polilla que distraídamente cayó sobre mi hombro bajo el umbral de la puerta, el perro que me siguió unos metros hasta el paradero y el rostro cenizo del conductor que olvidó darme el vuelto, pues tuve que recordárselo. Voy a bajar pronto, la esquina se acerca y por ello vine y sujeté

esta baranda aún fría y lisa. Ahora creo que es ella quien me sujeta, pobre, se esfuerza por trasmitirme una señal y sigue siendo, cada vez más y más, sólo una cosa.

Es una tontería, no puedo creer realmente en algo así, no podríamos vivir si hiciéramos caso de esas corazonadas. Aunque no recuerdo nunca haber sentido con esta fuerza mi muerte, o cualquier muerte. ¿Qué sentido tendría desaparecer ahora? yendo al banco a hacer un retiro para hacer los pagos de casa, *pobre hombre*, dirán. Y sería verdad, *un día cualquiera, sin esperarlo*, ¿pero a caso no vivimos esperando la muerte día y noche?, de qué se sorprenderían si esa posibilidad existe para todos en todos los rincones de la tierra. *Pero no te bajas*, no, la puerta se abre, dudo unos instantes y ya ha vuelto el chofer a poner en marcha el carro, la baranda aún fría bajo mi mano, ¿habré burlado el destino? O el destino esperaba también la señal del metal e inventó aquello para que bajara unas cuerdas más allá, justo para que el ladrillo de esa constructora cayera sobre mí, ¿ladrillo? ¿y eso?, no lo sé, es sólo un decir, pude haber imaginado también un carro desviándose de su carril, pero eso parecía tan simple y sin embargo mucho más probable. Un carro desviándose, golpeando mi cuerpo y éste terminando incrustado en un parachoques oxidado. Tal vez espero después de todo que mi muerte sea ridícula, que me tome inesperadamente, saliendo de la ducha, vergonzosamente en medio de un orgasmo, comiendo una presa de pollo *¡para ya con eso!* Es verdad, es verdad, debo ir al banco y hacer el retiro, aunque bien podría hacerlo incluso mañana, pero pensé hoy que me encuentro con Eduardo para almorzar aprovecho de bajarme en el banco, por eso quedamos encontrarnos a la una y media, para que yo pudiera ir con calma al banco primero y luego caminar esas cinco cuerdas hasta el restaurante. Ya no podré hacer eso sin embargo. *Tan joven*, dirán las señoras que vean mi rostro ensangrentado contra el asfalto. *Tan jodidamente joven*, tal vez pensará otro chico que repare en mi polo, con el mismo estampado que el que él tiene puesto en ese momento, sin poder evitar sentirse identificado con mi muerte, diciéndose a sí mismo que bien podría tratarse de él. *¡Qué estás haciendo!*, no lo sé, pero no puedo moverme de aquí, aún cuando me han empujado hacia un lado, la baranda me retiene imperturbable. Las viejas susurran a mis espaldas pues les impido el paso, creo que el chofer me mira por su espejo y cree que estoy loco que he perdido la cabeza. Y de eso se trata, estoy intentando no perder la cabeza. Aunque tal vez ya lo hice, cómo podría seguir viviendo sin soltarme de esta baranda. El contrato de la vida y la muerte terminaría para siempre. No podría dar un paso, estaría igual muerto aún si no me cayera en la nuca un ladrillo o me golpeará un auto en plena calle.



Qué importa ya, si tengo que morir, pues qué se hace, nadie se muere en la víspera, del destino no se puede uno escapar. Aprieto nuevamente el botón de bajada, el chofer me mira de reojo. Se acerca la esquina, he soltado ya mi mano de la baranda, sin embargo, su resplandor parece decir algo.

LO QUE SON LAS COSAS

Adiós mundo cruel, me río, el autobús se aleja, todavía estoy vivo. Voy al banco, hay cola, pero creo que aún me dará tiempo de llegar a la hora donde Eduardo. Si le contara lo de la baranda del autobús se mataría de la risa. *¿Qué te has fumado, compadre?*, me preguntaría. Finalmente pago, camino y no hay construcciones cerca, menos mal, estoy muy susceptible. Llego al restaurante y no está, tomo una cerveza mientras llega, pues. *¿Le habrá pasado algo? No, carajo, ya para.* Cojo el vaso y parece que estuviera más suave, como si pudiera traspasar mi mano entre sus paredes, *¿me estará queriendo decir que voy a morir?*

